

# CRONICA LITERARIA

Por DOMINGO MELFI

## ANGURRIENTOS, novela por JUAN GODOY

La novela de Juan Godoy, es una de esas novelas que podrían ser denominadas "sorpresivas". Parecen hechas sobre retazos del mundo que rodea un barrio o un sector poblado, y sus personajes más auténticos no son los que se encuentran a menudo, sino los más excepcionales. El "angurrientismo" es intuición de la vida criolla más que penetración directa en ella. Por lo menos, los afiliados a esta tendencia, quieren demostrar que el criollismo no ha sido estudiado en profundidad, sino en la corteza. Godoy es el más típico representante de esta tendencia, el que más ha dado de sí para iluminarla con la comprensión. Y se ha valido para ello del estilo. El que lee esta novela encontrará sorpresas y actitudes en las palabras que no responden a una tradición criollista. Tal vez el antecesor inmediato de Godoy sea Latorre, el Latorre de los últimos cuentos y de ciertos poemas en prosa que el autor de "Zurzulita" gusta de pulir con una muy comprensible voluptuosidad de estilista.

Godoy enfoca en su novela un barrio de extramuros, al final de la Avenida Recoleta, cerca del cerro Blanco, en la orilla de las barriadas sórdidas, casi en el comienzo del campo. Véase cómo el angurrientista se coloca en la zona intermedia, en la frontera de dos regiones literarias que han sido, una, abundantemente rastreada, y la otra abordada con la timidez proverbial de la novela chilena. Nos referimos al campo y la ciudad. Pero la novela está desarticulada por el exceso de asuntos comprendidos en cada cuadro. El novelista ha sido vencido en esta oportunidad por el propio tema. Los personajes — y creemos que se ha querido dar, lo más exactamente posible, la sensación de la realidad presunta — se

manifiestan en ciertos momentos con toda su fuerza y desaparecen luego, desvaídos en una fuga inconcebible. Ciertos cuadros de la novela, como la riña de gallos, viven con una vida independiente y poderosa dentro de la sucesión de cuadros, y el que podríamos llamar la aventura del Cenizo constituye una admirable muestra de lo que podrá ser, con el tiempo, este novelista. Están allí los elementos de la realidad y de la fantasía, en una mezcla profunda y humana, con todo el sabor de la malicia, de la picardía y de la superstición criollas.

Todo, sin embargo, en esta obra es febril. Los tipos que se mueven sobre sus páginas, Wanda, la vieja Pistolas, el Príncipe Humberto, Encarnación, los galleros, Amaranto, etc., son los deshechos del torbellino humano, tomados en sus actitudes más simples, en su más pura esencia. Y esto es, indudablemente, un triunfo de Godoy, porque ello representa la inmersión del artista en agua profunda.

Lo que prima en esta obra es la novedad del estilo. Trabaja el autor con voluptuosidad, con el deleite del encuentro en cada expresión, en cada palabra. Las imágenes saltan limpias y nuevas. Se impregnan hasta del hedor pestilente, a veces, de los rincones miserables en que el hombre vegeta y se pudre, como el estiércol en los basurales. Y, del mismo modo, el estilo se hace tan flexible y tan noble en el instante en que el autor descubre lo maravilloso de la naturaleza o lo simplemente humano del hombre.

Angurrientos, hambrientos, o, en una palabra, seres que caminan como dentro de sí mismos, buscando en sí mismos la verdad de sus propias actitudes y de sus propios anhelos, es una novela compleja, trazada no en conformidad a los principios clásicos del género, sino con la febrilidad desarticulada

con que la propia vida destroza, en su brutal realismo la noción tradicional de la novela. El autor toma un rumbo y parece dispuesto a seguirlo en la norma de sus personajes; de pronto abandona ese rumbo y elige otro, y vacía en una fuente lo que había escogido para realzar las primeras figuras o las primeras imágenes, sin que de inmediato todo ello parezca lógico, congruente. Pero la miseria, el dolor, la tierra castigada por el esfuerzo de unos o la vagancia y el crimen de otros, o bien, por la malicia, la socarronería, la desvuergüenza, el gozo de la carne y la impudicia sexual del vivir sin prejuicios o sin testigos, forman la unidad coordinada, la línea de lógica, la urdiembre que ata a todos en un idéntico destino.

Creemos que esta obra de Godoy inicia un tipo nuevo de interpretación de la realidad chilena. No la simple aproximación al contorno de las vidas humanas, sino un intento, logrado en muchas partes, de penetrar en la médula del hombre nuestro, ensanchando los dominios de la criollidad, conforme a las inquietudes y devastaciones de hoy. Los precursores del movimiento criollista en Chile — ya los hemos nombrado tantas veces, y muchos de ellos han sido estudiados en otras oportunidades — tienen, a pesar de todo, una huella en este libro que no podemos desconocer, porque en una literatura no se procede por saltos, ni los que surgen en una generación nueva, pueden vanagloriarse de no haber recibido nada de la anterior. Y esto no constituye desmedro, sino, por el contrario, representa el fenómeno más vigoroso y más característico de las letras en un país, la unidad y el amor por todo lo que es el palpitar de la tierra y de sus pobladores.